EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

¡Me conviene esta mujer!

Juguete cómico en un acto y en verso

ORIGINAL DE

DON EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO

SEXTA EDICIÓN



MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.°

1897

¡ME CONVIENE ESTA MUJER!

¡ME CONVIENE ESTA MUJER!

Juguete cómico en un acto y en verso

ORIGINAL DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO

Representado por primera vez en Madrid en el TEATRO DEL CIRCO
en el mes de Noviembre de 1863.

SEXTA EDICIÓN

MADRID
SUCESORES DE RODRÍGUEZ Y ODRIÓZOLA
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1897

PERSONAJES	ACTORES
ROSA......................	DOÑA JOSEFA HIJOSA.
DON PEDRO................	DON JOSÉ MIGUEL.
FABRICIO..................	» RAMÓN MARISCAL.

La acción en Madrid: época actual.

APROBADO POR LA CENSURA

A LA SEÑORA

Doña Josefa Hijosa

Sólo el deseo de complacer á usted ha podido obligarme á escribir este juguete en brevísimo tiempo y en horas para mí no muy bonancibles. Á usted, pues, se lo dedico, á fin de que comparta conmigo la responsabilidad que ante el público me ha hecho contraer.

De usted afectísimo q. b. s. p.

E. ZAMORA Y CABALLERO.

ACTO ÚNICO

Sala pobremente amueblada. Puertas á la izquierda y al foro. A la derecha, una ventana practicable.

ESCENA PRIMERA

ROSA, sentada en primer término cosiendo. DON PEDRO, entrando por el foro.

PEDRO. Muy buenos días, vecina.
ROSA. Muy buenos los tenga usted.
PEDRO. ¿Qué tal la salud?
ROSA. Bien, gracias.
¿Y la de usted?
PEDRO. Gracias, bien. (Pausa).
Mi señora doña Rosa,
hágame usté la merced
de volverse toda oídos
y escucharme.
ROSA. (Deja la costura). Diga usted.
PEDRO. Me llamo Pedro Taquilla;
nací el día veintitrés
de Julio del año mil
ochocientos diez y seis;
estoy muy bien conservado;
soy soltero; mi honradez
es notoria; soy cesante

con quince duros al mes;
estoy vacunado; prendas
personales... ya ve usted...
me canso de ser soltero;
no tengo nada que hacer,
y he decidido casarme,
y como la adoro á usted,
que es la modista más guapa
de cuantas saben coser,
vengo á pedirla su mano,
gracia que espero obtendré
de la rectitud notoria
de esa boquita de miel;
con todo lo cual *he dicho*,
y estoy á los pies de usted.

ROSA. (¡Hombre más extravagante!...)
Pero don Pedro...

PEDRO. ¿Qué?... ¿Qué?...
¿Va usted á ponerme un *visto*,
como lo suelen hacer
en el ministerio siempre
que pido que se me dé
algún destino vacante?
Visto... ¡palabra cruel!
que es como decirle á uno:
«Hermano, perdone usted.»

ROSA. Pero señor de Taquilla,
creo que pasan de cien
las veces que ya me ha hablado
de su amor, y yo...

PEDRO. También
de ciento las calabazas
pasan que me ha dado usté.
Pero yo no retrocedo:
nada, una vez y otra vez
volveré sobre la brecha.

ROSA. Pero...

PEDRO. Morir ó vencer.
Asomada á esa ventana
vi á usted por primera vez,
y exclamé para mi sayo:
«me conviene esta mujer.»

ROSA. Podrá ser que le convenga;
pero también podrá ser,
y *puede*, y no sólo *puede*,
sino que en efecto es,
que usté á mí no me conviene,
por lo tanto... ya ve usted.

PEDRO. Sí, veo, y desearía
antes cegar que tal ver.
Mas no por eso me apuro.

ROSA. Lo celebro.

PEDRO. Yo también.
Ni cedo.

ROSA. Mucho lo siento.

PEDRO. Veremos quién vence á quién.
Era mi madre asturiana,
y mi padre aragonés,
y yo he salido tan terco
y tan cabezudo, que,
en empeñándome yo
en que una cosa ha de ser,
en cien años no cejara,
si pudiera vivir cien,
hasta conseguir mi objeto.

ROSA. Pues sospecho que esta vez
no le ha de servir de nada
esa insistencia cruel.

PEDRO. Usted me conviene, Rosa.

ROSA. ¡Háse visto pesadez!

PEDRO. Digo que usted me conviene.

ROSA. Mas...

PEDRO. Que me conviene usted.

ROSA. Y usted á mí no, don Pedro.

PEDRO. Lo siento. ¡Cómo ha de ser!
Volveré un poco más tarde.

ROSA. Es inútil.

PEDRO. Volveré. (Ademán de marcharse).

ROSA. ¡Ay!
(Dejándose caer en la silla con abatimiento).

PEDRO. Que volveré, repito.
(Volviendo desde la puerta del foro).

ROSA. ¿Ya está usted aquí otra vez?

PEDRO. No; no, señora, aún no he vuelto,

porque aún no me marché,
y no habiéndome marchado,
me era imposible volver.
Hasta la vista. (Va hacia la puerta del foro).

ROSA. Hasta nunca.

PEDRO. (Volviendo).
¡Que no se impaciente usté!...

ROSA. Pero señor de Taquilla... (Levantándose).

PEDRO. Pronto vuelvo. Hasta después.
(Vase por el foro).

ESCENA II

ROSA, sola.

(Imitando á don Pedro).
«Rosita, usté me conviene.»
«Rosa, me conviene usté.»
Todos los días lo mismo...
¡Ay! ¡Todos los días!... ¡Qué!...
¡Si fuera todos los días
tan solamente una vez!...
¡Cuán injusta es la fortuna!
Conozco yo más de seis
que sin otro patrimonio
que treinta días al mes,
se regalan y se visten
de brocados y moaré,
y yo que tengo una cara
que... vamos, se puede ver,
me pudro en mi sotabanco,
sito en la calle del Pez,
y he de escuchar los amores
de este cesante cruel
que, como vive en la casa
y es capaz de hablar por tres,
no me deja á sol ni á sombra.
¿Y el otro?... El otro también
es, por quien soy, divertido...
Un genio de Lucifer,
que por cualquier cosa arma

con los hombres un belén,
y que es conmigo tan corto
y tan comedido, que
en sus diarias visitas
apenas sabe qué hacer
de su lengua, ó si la mueve...
es sólo para hablar de
la magnesia ó la potasa,
ó de las hojas de sen.
Y eso que el pobre me quiere,
eso sí, me quiere bien...
pero si no vence nunca
su maldita timidez,
es imposible que al cabo
nos lleguemos á entender.
Pues yo bastante le animo,
mas no hago carrera de él...
Yo no soy ninguna fiera
ni ningún moro de rey;
y siendo él tan arrojado
y yo poco de temer;
¿por qué me teme ese hombre?...
Vamos, señores... ¿por qué?

ESCENA III

ROSA; DON PEDRO, por el foro, con un gran ramo de flores.

PEDRO. A los pies de usté, Rosita.
ROSA. Beso á usté la mano.
PEDRO. Amén.
Vengo á traerla este ramo.
ROSA. (Tomándolo).
Muchas gracias.
PEDRO. No hay de qué.
Abur; al momento vuelvo.
(Antes de salir por la puerta del foro).
(Me conviene esta mujer).

ESCENA IV

ROSA; luego, FABRICIO

Rosa. (Tirando con rabia el ramo).
¡Malhayan amén tus flores!
Malhaya tu obstinación...
Pero... ¡Dios mío!... ¡qué hombre!...
Un amante así es peor
que tener un tabardillo,
el tifus ó el sarampión,
porque al fin eso se cura
ó se lo lleva á uno Dios...
Mas esto... ¿Y qué hace el Gobierno?...
¿Para qué hay Constitución
y Guardia civil, señores,
y Ceuta y Fernando Póo,
si dejan suelto en las calles
á este insufrible moscón?...

Fabric. (Entrando). ¡Rosita!...

Rosa. (Ya está aquí el otro).
Hola, Fabricio.

Fabric. (Si hoy
no me atrevo; soy más bestia
que Nabucodonosor).

Rosa. Siéntese usted...

Fabric. Muchas gracias.
(Se sienta cada uno á un lado de la escena. Rosa al lado en que debe estar la mesilla de labor).

Rosa. (Después de un momento de pausa, en el que mira dos ó tres veces á Fabricio, como esperando que diga algo, é impacientándose por su silencio).
(¡Donosa conversación!)
¿Hace frío?

Fabric. Sí, señora...
digo... no, señora; no...
aunque parece que lo hace,
yo creo sentir calor,
y aunque al venir tiritaba,
ahora sudando estoy;
conque no sé si hace frío

ó si hace un calor atroz.

ROSA. Corriente... quedo enterada; gracias por la explicación.

FABRIC. (No digo más que sandeces).

ROSA. (Cogiendo la labor y poniéndose á trabajar). (¿Y esto es un hombre, señor?) (Pausa).

FABRIC. Rosita, yo deseaba, si no fuera indiscreción, hablar á usted un momento...

ROSA. Hable usté aunque sean dos.

FABRIC. Y si de atrevido peco... (Levantándose).

ROSA. ¿De atrevido?... No, señor. (Se levanta). No peca usté de atrevido.

FABRIC. Pues entonces... allá voy. (Después de un momento de pausa, en que Rosa parece esperar con gran interés sus palabras). ¿Da esta ventana á la calle?...

ROSA. (Con desaliento). No, señor; da á un corredor.

FABRIC. De manera que á este cuarto no le da el sol nunca.

ROSA. No.

FABRIC. Pues eso es triste y mal sano, porque el sol...

ROSA. Sí, justo; el sol... (Vamos, de qué buena gana le pegaba un bofetón). (Vuelve á sentarse y á coger su costura. Fabricio da una vuelta por la escena y se sienta de nuevo. Pausa).

FABRIC. ¡Rosita!... (Levantándose).

ROSA. (Vamos, se atreve). (Se levanta). ¿Qué?

FABRIC. Nada. (Vuelve á sentarse).

ROSA. (No se atrevió). (Se sienta. Pausa).

FABRIC. Escuche usté, Rosa. (Volviendo á levantarse).

ROSA. (Idem). Escucho.

FABRIC. ¿Estuvo usté ayer en *Paul?* (1)

---

(1) Léase Pol.

ROSA. No, señor; en el Elíseo.
FABRIC. Lo celebro.
ROSA. También yo. (Se sienta. Pausa).
FABRIC. (¿Pero que toda mi vida
me ha de pasar lo que hoy?
¿Yo, que no temo á los hombres,
he de mostrar tal temor
á las mujeres?... ¡Caramba!...
¡Esto es horrible; es atroz!) (Pausa).
ROSA. ¡Ay!...
FABRIC. ¿Qué?
ROSA. Un pinchazo.
FABRIC. Lo siento.
ROSA. No; quien lo siente soy yo.
(Ni se mueve de la silla).
FABRIC. ¿Le duele á usted?...
ROSA. No, señor;
me da gusto.
FABRIC. Si doliera,
agua fresca es lo mejor.
ROSA. La medicina es barata.
FABRIC. Y probada.
ROSA. En eso estoy. (Pausa).
Pero... ¿no tiene usted nada
que decirme?...
FABRIC. Yo... yo...
ROSA. (Imitándole). ¡Yo!...
FABRIC. Si usted se burla...
ROSA. No es eso.
Es que desde que usté entró
conocí que deseaba
emprender conversación
sobre algún arduo negocio...
FABRIC. ¿Conque usted lo conoció?
(Se levantan los dos).
ROSA. Sí tal; y como deseo
complacerle... (Pues señor,
este hombre es de cal y canto).
FABRIC. (Que me atrevo).
ROSA. Como yo,
por sus buenas cualidades,
tengo á usté en estimación,

quisiera que se explicara
sin rodeos ni temor,
pues si lo que á usted le aqueja
puedo remediarlo yo...
la gente... hablando se entiende...
y á veces siempre es mejor
lo que se haya de decir
mañana, decirlo hoy.
(Ni por esas).

FABRIC. ¿Conque usted
quiere que la diga yo?...

ROSA. Sí; todo lo que ocurra.

FABRIC. ¡Qué buena es usté!

ROSA. (Empezó).

FABRIC. ¡Pues mire usted, es verdad
que siento una comezón
de decirla tantas cosas!...

ROSA. Pues empiece usted... yo soy
muy franca, y quiero que todos
lo sean conmigo... Yo,
si usted, pongo por ejemplo,
me dice que tiene amor
quizá podré aconsejarle,
y si conozco á la que hoy
es dueña de su albedrío,
podré también... ¿por qué no?...
decir á esa ciudadana:
«De Fabricio el corazón
late por ti, es buen muchacho
honrado, trabajador,
corresponde á su cariño,
casaos pronto los dos
y gozad de vuestra dicha
en paz y en gracia de Dios.»
Esto le digo á mi amiga,
si es que usted padece amor
y si es amiga la individua,
y á tal fuerza de razón,
casi tengo por seguro
que no ha de decir que no.
(Si de ésta no se declara,
no tiene perdón de Dios).

FABRIC. Pues mire usted, en efecto.
ROSA. (¿A que no se atreve?)
FABRIC. Yo...
conozco que las mujeres
el mismo demonio son,
y se lleva uno unos chascos
á veces...
ROSA. (Ya dió una coz).
FABRIC. Pero conozco también
que los hombres son peor,
y que entre hombres y mujeres,
aunque siempre la elección
es difícil... ¡qué demonio!
por las mujeres estoy.
¡Yo he acabado mi carrera,
y yo soy manchego... y yo
bien puedo ser en la Mancha
un boticario de pro!
Y vendiendo medicinas
para el reuma y el dolor
de muelas, y otros achaques,
puede ser mi posición
muy regular, y en el pueblo
tengo un poco de labor,
y mi tío es concejal,
y acaso lo sea yo
con el tiempo, y vivir solo
no es ninguna diversión,
y un casado siempre tiene
quien le cuide, y es mejor
el vivir en compañía
que el estarse hecho un hurón
entre las cuatro paredes.
ROSA. (Que le ha estado mirando con atención y extrañeza, como sin comprender nada de lo que le dice).
(Qué galimatías.)
FABRIC. Yo
pienso así, y si usted pensara...
pues... pensábamos los dos...
ROSA. ¿En qué?... En la *mona* de Pascua.
FABRIC. ¿Ya se burla usté?... Me voy.
ROSA. Hombre, no sea usté... tonto

iba á decir.

FABRIC. Es que yo
con las mujeres soy tímido
y con los hombres atroz...
y pues que ya la he explicado...

ROSA. (¿Que será lo que explicó?)

FABRIC. Piense usté en ello, y mañana
me da la contestación.

ROSA. Pero ¿qué he de contestarle?

FABRIC. Es muy claro: el sí ó el no.

ROSA. ¿De qué?

FABRIC. De lo que la he dicho.

ROSA. ¡Ya! del reuma y del dolor
de muelas. Quedo enterada.

FABRIC. Pues me alegro. Adiós.
(Se dirige á la puerta del foro).

ROSA. Adiós.
(Rosa se dirige con despecho hacia la ventana á tiempo que aparece en ella don Pedro. Fabricio, que iba á salir por el foro, se vuelve al oir saltar al otro á la escena y queda desde la puerta del foro mirando lo que pasa en primer término).

ESCENA V

DICHOS y DON PEDRO

PEDRO. Rosa, en usté sólo espero.
Rosa, por usted suspiro;
por usted, Rosa, deliro;
por usted, Rosa, me muero.
Diciendo ¡Señor, pequé!
caigo á los pies de mi hermosa.
(Se arrodilla).
Usté me conviene, Rosa;
Rosa, me conviene usté.

ROSA. Ya más no puedo aguantar.
Abur.
(Le vuelve la espalda con incomodidad y sale por la izquierda).

PEDRO. Me he quedado frío.

ESCENA VI

DON PEDRO y FABRICIO; éste se adelanta hasta poner la mano sobre el hombro de don Pedro, que continúa arrodillado.

FABRIC. Escuche usté, señor mío.
PEDRO. ¿Qué? (Levantándose).
FABRIC. ¿Me podrá usté explicar?...
PEDRO. (Gritando).
¿El qué?
FABRIC. Lo que aquí sucede.
PEDRO. Puedo hacerlo, es cosa llana;
pero no me da la gana.
FABRIC. (Como preparándose á pegarle).
Prepararse á morir puede.
PEDRO. ¡Bah!
FABRIC. ¿Sabe usted quién soy yo?
PEDRO. Sí, señor; un majadero.
FABRIC. ¿Qué dice usted?
PEDRO. Lo que quiero,
¿estamos? y se acabó.
FABRIC. Soy don Fabricio Machaca.
PEDRO. Y yo don Pedro Taquilla.
FABRIC. Nacido en Villasequilla.
PEDRO. Está bien: yo en Aravaca.
FABRIC. Nunca temo.
PEDRO. Yo jamás.
FABRIC. La quiero.
PEDRO. Me enamoró.
FABRIC. Y no la cedo.
PEDRO. Ni yo.
FABRIC. Y soy muy bruto.
PEDRO. Yo mas.
FABRIC. Siempre que reñí gané.
PEDRO. ¡Yo pego con una gracia!...
FABRIC. Soy licenciado en Farmacia.
PEDRO. ¿Y á mí qué me cuenta usté?
FABRIC. Si se obstina usté en luchar...
PEDRO. Sí me obstino, señor mío.
FABRIC. Correrá de sangre un río.
PEDRO. Que corra aunque sea un mar.

FABRIC. Y así á todos probaré
que, pese á mi mala estrella,
si no me atrevo con ella,
me atrevo, y bien, con usted.

PEDRO Pues te me pones delante
y me incitas á reñir,
joven, tú vas á sufrir
los furores de un cesante.

FABRIC. De la rabia que me tengo
por mi necia cortedad,
si ese valor es verdad,
ahora en sus huesos me vengo.
Satisfecho haré que sea
mi vengativo furor;
yo se lo juro á usted por
toda la Farmacopea.

PEDRO. Fué inútil todo registro
que en pretender fuí á emplear,
y ahora en ti voy á vengar
los desdenes del ministro;
piedad de ti no tendré
como logre hincarte el diente;
por el último expediente
lo juro que despaché.

FABRIC. Pues los dos tenemos gana.

PEDRO. No hay que dejarlo perder.

FABRIC. Mañana al amanecer.

PEDRO. Al amanecer mañana.

(Se dan la mano con aire muy incomodado, y sale Fabricio por el foro).

ESCENA VII

DON PEDRO, solo.

¡Un lance!... Me alegro; así
la probaré mi cariño,
y probaré al mundo entero
á dónde llega mi brío.
¡Lástima que ese muchacho
no sea un hombre político,

senador ó diputado,
ó periodista, ó ministro!
Que entonces... ¡oh! entonces sí
que mi venturoso sino
me deparaba á matar
dos aves de un solo tiro.
Me libraba de un rival
y lograba un empleillo
de gobernador civil,
de director ó de obispo,
pues es cosa muy sabida
que en este país bendito
no hay como andar á trastazos
para ser hombre de viso.
Luego habla toda la corte
tres días del desafío,
y aquí, en hablando de uno,
aunque hablen mal, es sabido
que aquel ya no necesita
recomendación ni oficio
para aspirar á ocupar
hasta los más altos sitios.

ESCENA VIII

ROSA y DON PEDRO

ROSA. ¿Todavía aquí?...
PEDRO. Sin duda,
aquí estoy, y aquí estaré
por los siglos de los siglos;
y si usted es tan cruel
que me arroja de su casa,
volveré otra vez, y cien,
para admirar sus hechizos
con cariñoso interés
y escuchar las calabazas
con que su fiero desdén
ha pagado hasta el presente
el amor que la juré.
Ya sabe usted que no cedo,
y que no hay razón ni ley

que en formando yo un empeño
me obligue á retroceder.
Rosita, usted me conviene;
y pues me conviene usted,
yo busco mi conveniencia
hasta obtenerla, y amén.

ROSA. Don Pedro de mis pecados,
Taquilla de Lucifer,
es usted un sinapismo,
una cantárida, un...

PEDRO. ¡Bien!
Desahogue usted su rabia;
yo no me incomodaré.
Si viera usted qué bonita
en este instante está usted
echándome esas miradas
con que me quiere comer...
Si viera cómo la sienta
este ceñito cruel,
y fuera usted un instante
hombre, en lugar de mujer,
y cesante á más de hombre,
y nacido el diez y seis,
y soltero, y se pudiera
con mis propios ojos ver
lo mismo que yo la veo,
se inspiraría á sí misma
tan cariñoso interés,
que exclamaría conmigo:
«Me conviene esta mujer».

ROSA. Pues bien, señor de Taquilla;
si se convirtiera usted
en mujer, y costurera,
y no tuviera mal ver,
y fuera joven y alegre,
y aquí en la calle del Pez
habitara un sotabanco...
y si pudiera usted ver
lo mismo que yo le veo,
como si viera usted bien,
tan feo se encontraría
y tan ridículo, que

diera á correr por no verse;
y corriera tanto y bien,
que en tres semanas lo menos
no parara de correr.

PEDRO. ¡Qué franca!... ¡Qué divertida
y qué bromista es usted!
(Pues señor, lo dicho, dicho:
¡me conviene esta mujer!...)

ROSA. Pero... ¿lo toma usté á broma?...

PEDRO. Es claro.

ROSA. Pues no lo es.

PEDRO. ¡Já, já!... ¡Qué gracia!... ¡Qué gracia!...

ROSA. Mas...

PEDRO. Siga usted, siga usted.
Yo me deleito en oirla.

ROSA. (¡Pero Dios mío! ¿qué hacer?)

PEDRO. Las mujeres, es sabido
que se visten al revés;
y como al revés se visten,
al revés hablan también,
y todo al revés lo hacen,
según de niño escuché.
Por consiguiente, Rosita,
el furor que muestra usted
me hace saber una cosa
que hace tiempo sospeché.

ROSA. ¿Qué es ello?

PEDRO. Que usted me ama.

ROSA. ¿Que yo?...

PEDRO. Sí; que me ama usted.

ROSA. Le aborrezco.

PEDRO. (Cogiéndola la mano y besándosela repetidas veces á pesar de su resistencia).
Gracias, gracias.
(Me idolatra esta mujer).

ROSA. Pero... ¿se ha vuelto usted loco?

PEDRO. Sí, señora; lo estoy de
felicidad, de alegría,
y de amor, y de placer.
¿Conque me ama usted, Rosita?

ROSA. No, señor.

PEDRO. Nunca pensé

que fuera su amor tan grande.
ROSA. Pues hacía usted muy bien.
No es ni grande ni pequeño.
PEDRO. Como aunque negaba usted,
lo hacía con la sonrisa
en los labios, yo dudé;
mas ya no dudo; esa furia,
Rosita, la vende á usted:
usted me teme, y por Dios,
que no tiene que temer;
sé lo que son las pasiones,
y lo que es el honor sé,
y por estas y otras cosas
que se dejan comprender,
yo no abusaré, Rosita,
de la posición de usted.
ROSA. Mas ¿quién habla de abusar?...
PEDRO. Lo dicho; no abusaré,
aunque conozco el amor
que por mí consume á usted,
y sé bien cuántas ventajas
con él pudiera obtener;
probaré que cada uno
es cada uno, y que fiel
cada uno á sus principios,
se porta como quien es.
ROSA. Don Pedro, voy á morirme.
PEDRO. Rosa, no se muera usted.
ROSA. Sí; no le quede á usté duda:
me moriré.
PEDRO. Yo también...
cuando Dios quiera. Á la fuerza
todos nos hemos de ver
en ese trance, y no creo
que se exceptúe usté de él.
ROSA. Es que yo quiero morirme
con tal de no verle á usted,
y me moriré esta tarde.
PEDRO. Rosa, si no he de menester
más pruebas de su cariño;
si estoy convencido de él,
y ese amor me dará fuerzas

para morir ó vencer
al salvaje de Fabricio.

ROSA. ¿Cómo?... ¿Qué?... ¿Qué dice usted?...

PEDRO. Nada, que mañana... ¡zis!
ó muero yo ó muere él,
y al que se muera *requiescant*,
le entierran y hasta más ver.

ROSA. Explíquese usted.

PEDRO. Me explico.
Mañana al amanecer
nos batimos él y yo
á muerte.

ROSA. ¿Qué dice usted?
Hombre, eso me ha conmovido.

PEDRO. ¿Por mí?

ROSA. No, señor; por él.
¿Conque un duelo? ¡Qué alegría!

PEDRO. ¿Cómo qué alegría?

ROSA. ¡Pues!
¿Conque Fabricio me quiere?

PEDRO. ¡Qué! ¿no se lo ha dicho á usted?

ROSA. No se había declarado,
aunque yo ya sospeché...
¡Gracias, señor de Taquilla!

PEDRO. (Maldita mi lengua, amén).

ROSA. ¿Conque se baten ustedes?

PEDRO. Sí, señora.

ROSA. Bien, muy bien.
Él le romperá á usté un brazo,
y mientras se cura usted
me veré de su amor libre...
¡Ay, don Pedro, qué placer!...
Entretanto nos casamos...
Mas ahora que pienso bien...
ese duelo es imposible.

PEDRO. (Que ha escuchado el anterior parlamento con muestras de admiración).
¿Es imposible? ¿Por qué?

ROSA. Fué papá tambor mayor
del regimiento del Rey,
y era mamá planchadora
del teniente coronel,

y á mí me tuvo en la pila,
según le probaré á usted,
el capitán de la cuarta
del segundo.

PEDRO. Bien, ¿y qué?...

ROSA. Que consultando ambas líneas,
paterna y materna... ¡pues!
yo no soy, aunque soy pobre,
una modistilla de
tres al cuarto, como acaso
se haya figurado usted,
sino toda una señora
que se entretiene en coser.

PEDRO. ¿Y qué tenemos con eso?

ROSA. ¿Cómo qué tenemos?

PEDRO. ¿Qué?

ROSA. Que es comprometer su fama
reñir por una mujer,
y si se empeña en batirse,
le juro, don Pedro, que
le dejo sin una muela
las encías de un revés:
pues soy toda una señora.

PEDRO. Ya se le conoce á usté.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y FABRICIO

FABRIC. ¿Usted aquí todavía? (A don Pedro).

PEDRO. Todavía, sí, señor...

FABRIC. Si atendiera á mi rencor...

PEDRO. Y vamos á ver, ¿qué haría?

ROSA. Fabricio, vamos callando;
don Pedro, no hay que chistar.

FABRIC. Yo no vuelvo á respirar.

PEDRO. Ni yo.

ROSA. Y vayan contestando
á mis preguntas los dos.

FABRIC. Decir la verdad le juro.

PEDRO. Yo también se lo aseguro.

(Amenazando á Fabricio).
¡Mas vive Dios!

FABRIC. (Id. á don Pedro). ¡Vive Dios!

ROSA. Sé que hace poco se armó
entre ustedes dos un lío,
y tienen un desafío...

FABRIC. Es cierto.

ROSA. Y pregunto yo:
¿qué derecho su furor
les da á mancillar ahora
el honor de una señora,
hija de un tambor mayor?

FABRIC. Yo lucho, ¡viven los cielos!
porque vamos... ¡lo diré!
porque siento por usté
un amor...

ROSA. ¿Amor?

FABRIC. Y celos.
El señor me incomodó,
le vi á sus pies de rodillas,
y salí de mis casillas.

ROSA. (Gracias á Dios. Se atrevió).

PEDRO. Y yo, por razón igual,
quiero matar á ese hombre,
pues no soy ¡voto á mi nombre!
hombre que sufre un rival.

ROSA. ¿Conque los dos me aman?

FABRIC. }
PEDRO. } Sí.

ROSA. Pues el que aspire á mi amor
ha de olvidar su rencor.

PEDRO. Por mí, olvidado.

FABRIC. (Se dan la mano). Y por mí.

PEDRO. Le ofrezco mi cesantía,
y como la acepte usted,
le juro no envidiaré
ni al gran sultán de Turquía.

FABRIC. Si logro obtener su gracia,
por que hace tiempo me afano,
yo la ofrezco con mi mano
mi oficina de farmacia.

ROSA. No merezco tal favor.

PEDRO. Bien, mas...
FABRIC. Decida usté, Rosa.
ROSA. Pues me casaré gustosa...
PEDRO. ¿Conmigo?
ROSA. Con el señor.
(Alarga la mano á Fabricio: éste la cubre de besos).
PEDRO. ¿Con Fabricio?... ¡Qué escuché!
ROSA. Elegid es mi derecho.
PEDRO. ¿Sabe usté lo que sospecho?...
ROSA. ¿Qué?
PEDRO. Que no me quiere usté.
ROSA. Hace tiempo, á no dudar,
que sospecharlo debiera.
PEDRO. Sin verlo no lo creyera,
mas si nada he de esperar... (Al público).
dos aplausos por favor
pediré si no importuno.
FABRIC. ¿Dos?
PEDRO. Para nosotros uno.
ROSA. Y el otro para el autor.

FIN DEL JUGUETE

Obras del mismo autor.

EN UN ACTO

Pobre importuno...
Un tenor, un gallego y un cesante.
Una comedia más.
No matéis al alcalde.
¡Me conviene esta mujer!
Don Ramón.
El sombrero de mi mujer (1).
Por una bota.
El sastre del Campillo.
¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!
El laurel y la oliva.
La muerte de Cleopatra.
La propiedad es un robo.
Un vago de real orden.
En estado de sitio.
Dos enemigos íntimos.
Enmendar la plana á Dios.

EN DOS ACTOS

Morirse á tres días fecha.
La locura contagiosa.

EN TRES Ó MÁS ACTOS

La piedra de toque.
Marco Spada.
Un día en el gran mundo.
La mejor joya, el honor.
Los pobres de levita.
La última batalla.
Del enemigo el consejo.
¡Me gustan todas!

(1) Zarzuela con música de D. Salvador Ruiz.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.



PUNTOS DE VENTA

En casa de los Corresponsales de esta Galeria ó acudiendo al EDITOR, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los Libréros ó Agentes.